

VILAR, Mar: *El español, segunda lengua en los Estados Unidos. De su enseñanza como idioma extranjero en Norteamérica al bilingüismo.* Murcia, Universidad, 2000, 672 pp.

Esta monumental obra, que revela una erudición y un manejo poco común de una gran multiplicidad de fuentes (unos rasgos que la autora ya había apuntado en un libro suyo anterior, titulado, *La prensa en los orígenes de la enseñanza del español en los Estados Unidos, 1823-1833*) constituye una importante aportación no sólo al campo específico y, al parecer, poco explorado todavía, de la historia de la enseñanza de la lengua castellana en otras áreas lingüísticas, sino también al terreno, mucho más amplio, de la historia de la cultura española en el periodo contemporáneo y de su impacto en otras áreas culturales, en principio poco receptivas por motivos religiosos, a interesarse hacia la lengua de un país (o de una *civilización*, sirviéndonos de un término más propio de la época a que se refiere el libro, y que nos permite incluir también el vasto conjunto hispanoamericano) tan fuertemente identificado con el catolicismo. Aparte otras razones que la autora expone cumplidamente, el hecho de que el Romanticismo valorara tanto lo español, su literatura, su pintura, sus tradiciones populares, no pudo menos de contribuir a que, a partir de los años 1820 aproximadamente (momento en que Jared Sparks tomó a su cargo la influyente *North American Review*), diversos centros de enseñanza superior de la naciente república de la otra orilla del Atlántico, se interesaran por incluir el español –y, en términos más generales, las lenguas modernas–, en sus respectivos *curricula*.

Las razones que más influyeron fueron sin embargo, de carácter práctico, consistiendo en la conveniencia para los comerciantes y marinos de la costa este de los Estados Unidos, de lograr un dominio aceptable de los rudimentos de la lengua española, a la hora de concertar sus intercambios con los territorios al sur del Río Grande, unas perspectivas de negocio que parecieron ampliarse con su separación del dominio español y con la afirmación de la *doctrina Monroe*, en el discurso presidencial de 2 de diciembre de 1823, inspirado en realidad por el secretario de Estado, Adams, según la cual el continente americano quedaba cerrado a la colonización europea y que toda intervención exterior –aplicando los acuerdos de la *Santa Alianza*, como ese mismo año ocurrió en la metrópoli colonial, España–, sería repelida por los Estados Unidos. Ese contexto explica, que los padres de la independencia americana, tales como Benjamin Franklin o Thomas Jefferson se mostraran proclives a la inclusión del español en el sistema de enseñanza, una lengua que ellos conocían, así como a sus autores más sobresalientes (ambos fueron admiradores de Cervantes). Jefferson, en esta línea, fue uno de los que más se distinguió en la necesidad de incluir nuestra lengua en la enseñanza superior.

Bien es verdad que el castellano y, en términos más globales, las lenguas europeas modernas, como el francés, el alemán o el italiano, a cuyas vicisitudes estuvo siempre ligado, hubo de contender, en la enseñanza superior de la joven República, con las materias de los *curricula* tradicionales, implantados en los primeros tiempos de la colonización en las primeras Universidades y *colleges* norteamericanos, como Harvard, Yale,

William and Mary College (el caso de Columbia resulta un tanto divergente), en que primaba la formación clásica, con una finalidad claramente religiosa y, además, la rigidez de la organización docente junto, también, con la prevención, por diferentes razones en cada caso, respecto de las lenguas europeas, retrasaron por largo tiempo el que aparecieran en la oferta docente de estos centros. Es decir, la entrada de estas lenguas, entre ellas, el español, se iba a vincular estrechamente a la secularización de los *curricula* de todas estas instituciones universitarias. Ello no es óbice para valorar como se merecen algunas iniciativas pioneras para estimular su estudio, que se registran ya desde las últimas décadas del siglo XVIII, impulsadas por patricios ilustrados, padres de la nueva Nación, que habían viajado por Europa e, incluso, desempeñado misiones diplomáticas ante las cortes del viejo continente.

A este respecto, los ya mencionados Franklin y Jefferson, tan preocupados por renovar y extender la educación de los estados de Pennsylvania y Virginia, se propusieron incorporar el aprendizaje de las lenguas modernas (el primero, en la Academia-College de Filadelfia, luego convertida en Universidad de Pennsylvania y el segundo, en la Universidad estatal de Virginia). En la explicación de estos procesos, la autora ha invertido un esfuerzo considerable, que la ha obligado a reconstruir la historia de cada uno de estos centros de enseñanza, a desmenuzar su oferta docente y penetrar su sentido y a rastrear incluso las vicisitudes padecidas por cada una de las lenguas europeas, los factores de aceptación o de rechazo, sus primeros profesores: es decir, M. Vilar reconstruye en realidad, la prehistoria de la enseñanza de los idiomas extranjeros y de su inclusión en la oferta educativa en los Estados Unidos, lo que da la medida de su rigor intelectual y de su laboriosidad. De igual modo, y más enfocado, en este caso hacia la lengua y cultura españolas, se preocupa por recrear el ambiente intelectual de las ciudades de la costa Este en los que acabó cuajando la enseñanza de nuestra lengua, y dedica en ese sentido páginas de gran interés a ciudades como Boston o Filadelfia, sus ateneos y sociedades literarias, provistas de excelentes bibliotecas, su ambiente cosmopolita, bien reflejados en los testimonios admirativos de españoles e hispanoamericanos que las visitaron (L. de Onís, L. de Zavala, R. de la Sagra, entre otros).

En el libro aparecen, además, figuras clave del hispanismo norteamericano del Siglo XIX, que jugaron un importante papel en la consolidación del español en la enseñanza superior de aquel país. A este respecto, la Universidad de Harvard tuvo gran importancia, ya que en ella y gracias al legado de un antiguo comerciante, Abiel Smith, pudo dotarse una cátedra de francés y español –el primer departamento de lenguas modernas que existió en los Estados Unidos–, de la que se hizo cargo en 1819 George Ticknor, quien, al tiempo que impulsó la enseñanza de estas lenguas fue también el principal animador de la modernización –en una línea secularizadora– de los *curricula* de la vieja Universidad.

Ticknor, inicialmente un germanista formado en Gotinga (donde de todos modos, entró en contacto con Boutewek y otros estudiosos de la literatura española) aceptó el ofrecimiento de hacerse cargo de la cátedra Smith, de la que tomó posesión tras efectuar un largo viaje por Europa que le permitió, entre otros destinos, conocer España, y entrar

en contacto con personalidades de la vida literaria, como el futuro Duque de Rivas, Martín Fernández de Navarrete, Diego Clemencín, etc. Quizá el principal resultado de su dedicación al español fue la preparación, tras abandonar la docencia en 1835, de su vasta *History of Spanish Literature*, publicada en 1849 y obra fundamental para la difusión internacional de los valores de nuestra literatura. La obra conoció un gran éxito (seis ediciones en EE. UU.), se tradujo a varias lenguas y fue pronto publicada en español –1851-1856–, con importantes adiciones, en traducción de Pascual de Gayangos y Enrique de Vedia.

Ticknor sería sucedido por el gran poeta Henry Wadsworth Longfellow, quien previamente había viajado por España, en 1827, donde conoció a Washington Irving y que, aunque no dejó una obra de erudición similar, hizo excelentes traducciones (las *Coplas* de Jorge Manrique, por ejemplo), mediante las que dio a conocer un bien escogido repertorio de la poesía clásica castellana. Parece además, que sus lecturas de los grandes autores de la literatura europea, fascinaban a sus alumnos. Sería continuado por James Russell Lowell, cuyo auténtico interés por España y sus letras fue posterior en realidad a su estancia como profesor en Harvard, vinculándose al desempeño de la embajada de su país en Madrid, entre 1877 y 1880.

Harvard, además, se constituyó en un foco fundamental en el conocimiento y difusión de la historia de España y en la popularización de la cultura hispánica en los Estados Unidos estimulando, de forma indirecta, el interés por el aprendizaje de la lengua española. En Harvard, en efecto, se formaron en torno a Ticknor o Longfellow (y con el concurso indispensable del *instructor* o profesor de español y francés, Francis Sales), historiadores de la talla de William Hickling Prescott quien con el éxito internacional de su *History of the Reign of Ferdinand and Isabella, the Catholic Kings* y de obras posteriores no menos resonantes como su no menos conocida *History of the Conquest of Mexico*, adquirió una reputación indiscutida como hispanista; de William Cullen Bryant, amigo de Carolina Coronado y que prestó considerable atención a la huella española en los Estados Unidos (así, en su *A Tour in the Old South*); o de John Lothrop Motley, estudioso, pero gran detractor de la dominación española en Europa en trabajos como *The Rise of the Dutch Republic* y *History of United Netherlands*.

Pero la obra estudia asimismo los inicios de la enseñanza del español en Yale desde 1826 y de la constitución tardía de un interesante foco de estudios hispánicos en torno a William Ireland Knapp, quien vivió en España en el Sexenio Democrático, fundando diversas congregaciones bautistas; en Columbia, centro pionero en la inclusión de las lenguas modernas, que se vieron afianzadas en 1830 con la introducción del *Scientific and Literary Course*, en 1830, año en el que se creó una cátedra de lengua y literatura española confiada largo tiempo a un prestigioso profesor, el mexicano Mariano Velázquez de la Cadena, cuya producción didáctica, adaptando con éxito diversos métodos a la enseñanza del español, fue fundamental, como lo sería también su *Diccionario*, basado en el de Mateo Seoane, que conoció una difusión y una longevidad extraordinarias; en el Saint Mary's College, establecido por los sulpicianos franceses en las afueras de Baltimore

y donde parece que el español ya se enseñaba en la última década del Siglo XVIII (desde su creación fue un centro muy orientado hacia el mundo hispanófono), aunque por parte de profesores franceses, como el sacerdote *refractario*, Pierre Babad. En la década de 1820, sin embargo, se hizo cargo de la docencia el gramático y frenólogo Mariano Cubí y Soler, a quien la autora considera clave en el despegue de la enseñanza del español en Norteamérica. Cubí, hombre laboriosísimo y excelente profesor, dio a la luz también un ingente material didáctico, formado de crestomatías, diccionarios, métodos de traducción, diálogos, etc., en el que sobresalía su muy difundida *A new Spanish Grammar, adapted to every Class of Learners*, aparte de todo un conjunto de libros sobre frenología. Le sucedería en el puesto un emigrado liberal –dentro de una vasta nómina cuyas vicisitudes vitales rastrea M. Vilar–, José Antonio Pizarro, autor también de textos de carácter didáctico.

Lo estudiado en este libro no se agota con lo señalado hasta aquí, aunque creemos que el lector podrá haberse hecho una idea del interés y la erudición de la obra, así como de su utilidad para las investigaciones y ensayos sobre la cultura española en el mundo contemporáneo, y para la didáctica de las lenguas modernas.

Rafael Serrano García

MARTÍNEZ MERCADER, Juana: *Las relaciones de España con Suiza en el siglo XIX*. Servicio de Publicaciones. Universidad de Murcia. Murcia, 2000, 384 pp.

Riguroso trabajo de investigación cuya base es la Tesis Doctoral de la autora, dirigida por el profesor Juan Bta. Vilar, quien le aporta un interesante prólogo. En éste se anticipan ya las aportaciones fundamentales del libro.

Juana Martínez Mercader nos introduce en el mundo de los pequeños estados centroeuropeos del siglo XIX (muy especialmente Suiza pero también los países de la Alemania inmediata) y las relaciones de España con los mismos, al tiempo que nos ofrece un profundo y sólido análisis de las relaciones diplomáticas y comerciales entre ambos estados, de mayor intensidad durante los gobiernos progresistas de la Regencia de Espartero y el Bienio 1854-56, y especialmente durante la República federal. Otras aportaciones interesantes son el estudio de la colonia helvética existente en España durante esos años y el papel de Suiza como país de acogida de emigrados políticos españoles en la época y más concretamente de la emigración carlista.

En la Introducción, la autora nos da a conocer las fuentes utilizadas. Los archivos consultados han sido el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, el Archivo Histórico Nacional y el Archivo General de la Administración, los dos primeros en Madrid y el tercero en Alcalá de Henares. En Berna el Archive Fédéral. A las mencionadas fuentes inéditas se suman las impresas, hemerográficas y bibliográficas de los citados archivos y